

cia de Toledo; las que vieron la luz en los términos de Belmonte y San Clemente, de la de Cuenca; y las que, en mi tierra albaceteña, recibieron las aguas bautismales en los llanos de la Roda o en las colinas de Alcaraz. Y tanto en así, que si por Mancha no se entendiese más que la novísima provincia de Ciudad Real, la principal heroína y perla preciosa del imperio manchego, Dulcinea, no fuera manchega, puesto que El Toboso es provincia hoy de Toledo.

¡Oh demasia, oh profanación de los modernos tiempos en que ni el español es monárquico, ni Dulcinea manchega!

Poblaron estas llanuras los celtiberos, de indomable denuedo; los carpetanos, infieles a Anibal, y los oretanos, de cuya raza tomó esposa el héroe cartaginés.

Él cual, a mi juicio, debía de ser entendido y práctico en la materia; por eso cuando trató, en mal hora para él, de endulzar los rigores de Marte, puso su cuartel general en las delicias de Capus, y se rodeó de las alegres hijas de la Campania; pero antes de eso, cuando quiso elegir esposa de lealtad inmaculada (*venerada fide*), a quien poder

fiar el gobierno de la familia y del hogar (*duo per cunabula nostra*), capaz, en fin, de educar a sus hijos con religiosa piedad (*tangeat aras*), y hace de él un campeón de la patria, una garantía de guerra (*pignus belli*), entonces, lo cierto es que Anibal buscó su condigna compañera en nuestras comarcas oretanas, cuyas mujeres aún hoy día rinden culto a tales virtudes, y son por ellas caracterizadas. Tanto es así, que desde la más opulenta hidalga hasta la más humilde mostillera, pueden responder a los indagadores viajeros con aquel: «Confía en el femenino vigor» (*crede vigore femineo*), que dijo Imilce a su inmortal marido.

Pero dejando la etnografía y volviendo a la geografía, es aquella llanura como la del mar que sólo el alcance de la vista limita, y a que la bóveda del cielo pone término; pero si la sangre tiñera los surcos y collazos como la luz colora las azules ondas del Océano, fueran rojos aquellos campos.

Rególos de sangre en abundancia Graco, el caudillo romano; no la escasearon en su invasión los alanos y los visigodos; los árabes se en-

contraron en aquella planicie tan a sus anchas como en Sáhara; llamáronla Man-ja, esto es *Tierra roja*; y se vendieron a tan subido precio su posesión, que Alfonso VI perdió en la derrota de Uclés a su único príncipe; y en Alarcos, Alfonso VIII expió con tremenda carnicería (según malas lenguas) su amor a la bella israelita toledana. En Montiel un hermano vertió la sangre de otro hermano, y casi en nuestros días, la mesa de Ocaña fue tumba de los defensores de nuestra independencia.

Pues ahora bien: si a pesar de esa monótona injusticia de la naturaleza y de lo cruento de su historia, la tal comarca goza de más renombre y fama que otras extensas repúblicas y poderosos imperios, y es más conocida de propis y extraños que el mismo Potosí con sus minas, y aun que Ceylán con sus diamantes ¿A qué puede razonablemente su notoriedad y nombradía, sino a las calidades, ya morales, ya físicas, de sus habitantes, y según yo presumo, y (con perdón de la Academia sea dicho, porque para el caso presente importa) al mérito y valor intrínseco y extrínseco de sus *habitantes*? ●



OLEOS DE CERRO

SALA DE EXPOSICIONES DE LA
CAJA DE AHORRO PROVINCIAL DE TOLEDO

Del 12 al 23 de Noviembre de 1983